



Partidos caducos

Otra vez se ha hablado en el Parlamento, en nuestro caduco Parlamento, de los partidos caducos. Como la hoja de los árboles que no la tienen perenne. Y esta vez ha sido el pollo Goicoechea quien lo ha sacado a cuenta. Pollo que, según se nos ha dicho, pues no le conocemos ni aun de vista, aunque sí por sus obras, lleva siempre el cascarrón a cuesta, como el caracol su cáscara.

¿Partidos caducos? Todo partido es caduco en cuanto partido. Y por eso hacían muy bien antaño los tradicionalistas, en sus tiempos de fe y de entusiasmo, en llamar a lo suyo comunión — la comunión tradicionalista — y no partido. Partido, ello mismo lo dice, es algo no entero, no completo, algo muy bajo. Comunión o iglesia. O religión si se quiere. Y de hecho cuando el que profesa un ideal político habla de otro que profesa el mismo ideal, suele decir «mi correligionario»; esto es, mi compañero, de religión o de ideal, y no mi «copartidario». Sólo que los más de los partidos, caducos siempre, tienen poco o nada de religión, de ideal.

¿Se comprende que se hable al referirse a la primitiva comunidad cristiana, a la de los primeros y entusiastas discípulos de Jesucristo, de partido cristiano? No; la comunión o comunidad primitiva cristiana, la primitiva iglesia de Cristo, no fué un partido. Uniéronle un ideal, que era el Cristo mismo, su vida, y sobre todo su obra, su muerte. Y por eso el Cristo dijo que quien no estaba con él estaba contra él (Luc. XI, 23); es decir, que quien no estaba con el ideal, con la doctrina, estaba contra ellos; pero antes había dicho a sus discípulos que quien no estaba contra ellos por ellos estaba (Luc. IX, 50), reprendiéndoles el que quisieran prohibir que echara demonios en su nombre a uno que no figuraba con ellos en el séquito habitual del Maestro. Que es como si hoy dijéramos que no se le puede rehusar el nombre de liberal o de demócrata o de socialista a uno solo porque no esté matriculado, en una u otra forma, en ninguno de los partidos — partidos y no comuniones — que se ponen esos calificativos.

Tucidides, en su maravillosa historia de la guerra del Peloponeso, el libro acaso de más profunda ciencia política que nos ha legado la antigüedad clásica, llama a lo que hoy llamamos partidos políticos con el nombre que hoy ha venido a sonar, herejía; esto es, «hairesis». Sólo que la herejía, como la secta, tiende naturalmente a la división, a la atomización, hasta haber tantas como individuos. Y así los partidos.

Todo partido político es necesariamente caduco, y no menos aquel a que parece pertenecer el pollo Goicoechea. O sea el maurismo. Y si es que ese pollo no es goicoecheísta. Y el maurismo es acaso más caduco que otro fulanismo cualquiera.

Se dirá que el maurismo puro no se ha ensayado todavía, ni en 1909, porque no gobernaba D. Antonio por sí y libre de otras colaboraciones. Pero para que se ensayase ese maurismo inefable sería preciso que se le deje gobernar a Maura solo, enteramente solo. A lo sumo, asesorado por su hijo Gabriel, el historiador. Porque lo que más falta al juriconsulto y jurisperito D. Antonio Maura es sentido histórico. Lo que no implica tanto conocimiento erudito de la historia del pasado cuanto conocimiento vivo de la historia actual, de la realidad histórica de hoy. Y antójásenos que Maura vive en había. Aunque no tanto como el señor Vázquez de Mella, el que hablaba hace poco de aterrizar en la esencia de una cuestión. Volando en un aeroplano de la más manida escolástica de decadencia.

Si todo partido es caduco, incluso, ¡claro está!, el maurista, y aun más éste que otros, y no están los tiempos para gobernación por medio de partidos. Pero como no hay comuniones...

Veámos, y vemos todavía muchos, una esperanza en el socialismo, en una comunión, en una verdadera comunión socialista; pero, ¡ay!, también ese ideal está caducando en España, en una estrecha concepción y una más estrecha disciplina partidista. Lleva el peso del que se llama partido — así, partido — socialista obrero. Y partido socialista obrero no es comunión socialista, aunque de aquél pueda — y deba — surgir ésta.

El que esto escribe, en cuanto a partido, o herejía, se atiene al suyo propio. Puesto a partirse, o dividirse, o separarse, no termina más que en sí mismo, que no se puede dividir ya más, que es indivisible, que es in-dividuo; esto es, el que no se divide. Y para solidarizarse, para concurrir con otros a una obra co-

mún civil y política, entrará en una comunión que una a sus miembros bajo un ideal, sabiendo que quien no está con él está contra él, contra el ideal; pero no en un partido. Aunque alguna vez y circunstancialmente y sin comprometerse le ayude desde fuera, en servicio del ideal común, sabiendo que quien no está contra ellos por ellos está.

¿Cuándo se convencerán los que no hacen de la política una carrera, de que cabe política y gobernación sin partidos? Sin lo que aquí se llama partidos. Esos los Comités.

Miguel de UNAMUNO.

